

El Estridentismo: Revolución, Vanguardia y Ciudad

TOMÁS BERNAL ALANÍS | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, AZCAPOTZALCO

Resumen

Este artículo aborda la aparición del movimiento estridentista en los años veinte —después de la revolución mexicana y en el pleno proceso de reconstrucción nacional— como una voz cultural y disidente que se pronunció contra la corriente oficial de la cultura nacional mexicana. Dicho movimiento literario y estético se convierte en una propuesta literaria, ideológica y poética que asume otras posibilidades para conocer la nueva y vertiginosa realidad mexicana a través de las ideas de Revolución; Vanguardia y Ciudad componentes imprescindibles de la modernidad mexicana posrevolucionaria.

Abstract

This article approaches the Stridentism movement in the 20's, after the Mexican revolution and during national reconstruction process, as a cultural and dissident voice it stood up against the official ideology of the Mexican culture. This literary and aesthetic movement turned in a literary proposal, an ideology and a poetic, that assumes other possibilities to understand the New Mexican reality and the ideas of Revolution. Vanguard and city are the essentials components of the Mexican posrevolutionary modernity.

Palabras clave: Revolución, vanguardia, ciudad, Estridentismo.

Key words: Revolution, vanguard, city, Stridentism.

Para citar este artículo: Bernal Alanís, Tomás, "El Estridentismo: revolución, vanguardia y ciudad", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 58, semestre I, enero-junio de 2022, UAM Azcapotzalco, pp. 9-20.

Los tranvías y los automóviles se quedan atascados como rocas en medio de un arroyo crecido, durante minutos nada puede socorrerlos, ni los gritos ni el continuo repiqueteo de las campanillas. Una nueva ola apenas los hace avanzar un poco, y vuelven a quedar encallados en medio de la corriente.

Stefan Zweig

I. Introducción

Los albores del siglo xx hacían eco de las esperanzas de un siglo decimonónico fincado en los principios de la paz, el crecimiento económico, la estabilidad y la fe inquebrantable en el progreso y en la riqueza material, como estándares de vida del mundo civilizado y de las sociedades modernas.

México un fue la excepción a la regla. El país transitaba de una pujante, pero a la vez decadente sociedad agraria a una inminente y futura sociedad urbana. Los horizontes parecían prometedores pero se iban a ver ensombrecidos por una guerra civil, el movimiento armado de 1910, que transformaría en gran medida ese México moderno porfirista en una metrópoli digna del gran concierto de las naciones.

Transformación que trastocó los valores tradicionales de una sociedad que se encontraba de repente en un proceso acelerado de cambio, en prácticamente en todas sus estructuras. Cambios que iban a mostrar un nuevo rostro del país en su forma de vida, de gobernar y de institucionali-

zar un discurso y una historia para buscarles un sentido.

Sentido —para el caso mexicano— de construir el alma y la cultura posrevolucionaria como artífices esenciales para edificar al Estado mexicano emanado de ese crisol de batallas ideológicas y militares que fue la revolución mexicana. Proceso que se encontró en el camino con muchas voces disidentes que cuestionaban el mismo devenir revolucionario y sus principios ideológicos.

En este caleidoscopio de ideas y luchas por imponer una narrativa de la nación la vida social y la cultura sufrieron los embates del cambio en la dirección de las propuestas por construir ese México posrevolucionario, fuerte, moderno y cosmopolita. Propios y extraños participaron en esta sinfonía de voces y propuestas por definir al México del futuro. Fruto de las gestas épicas del episodio llamado revolución mexicana.

Las bellas artes, en general, y la literatura, en particular, fueron parte de este proceso discursivo, estético e histórico que coadyuvo a la querrela cultural de México en la década de los veinte. Y entre muchas manifestaciones culturales, aquí hare referencia al papel que tuvo el movimiento estridentista (1921-1927), para aportar y manifestar a través de la escritura un episodio cultural más de esta sinfonía de voces que es la literatura mexicana.

II. Fulgores del mundo

Después del fin de la primera guerra mundial (1914-1918), el mundo es otro. La guerra se convierte en el termómetro para medir las fuerzas y alianzas entre los países

desarrollados. El fin de la época dorada del imperialismo abría nuevos mercados, espacios y aparecía una nueva geografía política de las fuerzas triunfadoras de la contienda bélica. Como lo explican los autores Ramón Villares y Ángel Bahamonde:

El surgimiento de nuevos países, el trazado de nuevas fronteras, con sus correspondientes barreras arancelarias, la creación de nuevas administraciones, las viejas rencillas políticas, la aparición de nuevas monedas con escaso peso específico, las dificultades en las comunicaciones, agravadas por los distintos anchos de las vías férreas, configuran un panorama de caos económico, que no fue superado en toda la década de los años veinte.¹

Si el comercio se transforma, las fuerzas económicas desatan su dinámica propia entre los países del mundo del capital. Los años veinte, son la época del jazz, de las mujeres que empiezan a invadir los espacios públicos del baile, de la academia y de la escritura.

Tenemos a Edith Warthon, Willa Carter, Virginia Woolf, entre otras escritoras que ganan una "habitación propia" para la creación femenina en el campo de las letras. Por otro lado, el mundo europeo vive el universo de las vanguardias desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX: surrealismo, impresionismo, futurismo, cubismo, dadaísmo y muchas más que revolucionaron la forma de explicar y acercarse a la naturaleza y a los

objetos de la vida cotidiana para construir nuevas propuestas estéticas.

El año de 1922 es axial para la escritura europea, al aparecer en escena, obras imprescindibles de la vanguardia literaria como: *Ulises* de James Joyce, *El cuarto de Jacob* de Virginia Woolf, *La tierra baldía* de Thomas S. Eliot, entre otras, que revolucionaron las técnicas narrativas, el papel de los personajes literarios y el uso lúdico de los tiempos en la novela.

Los años veinte definen un nuevo y poderoso personaje en la literatura vanguardista: la ciudad. Es la década que retrata magistralmente las grandes obras, donde la ciudad, se convierte en un personaje anónimo, pero a la vez absoluto del nuevo acontecer del espacio urbano y sus significaciones del mundo moderno.

Y así aparecen novelas como: *Manhattan Transfer* de John Dos Passos en 1925, *Berlín Alexanderplatz* de Alfred Döblin en 1928, *Petersburgo* de Andrei Biely en 1913, por nombrar algunas de las obras cúspide sobre el mundo urbano y la presencia omnipotente de las ciudades en el paisaje del naciente siglo XX.

Las ciudades se consolidan desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX como los espacios privilegiados donde las manifestaciones estéticas y revolucionarias van a manifestar su presencia y vigencia para proponer nuevas formas de comprender e interpretar el lado creativo de la condición humana.

Este nuevo espacio geográfico, histórico, cultural y material que son las ciudades modernas y complejas van a generar una

¹ Ramón Villares y Ángel Bahamonde. *El mundo contemporáneo. Del siglo XIX al XXI*. México, Taurus, 2012. p. 245

lógica de dominio, consumo y manifestaciones individuales y colectivas por construir una racionalidad económica de la especialización y diferenciación de las actividades económicas de sus integrantes.

Las grandes ciudades van a tener esos elementos voluntarios e institucionales de los que hablaban tanto el sociólogo francés Gustave Le Bon en su obra *Psicología de las multitudes* (1895) como Sigmund Freud en su *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), obras pionera que intentan reflexionar sobre el comportamiento y aglomeración de la población en las ciudades modernas. Como lo explico el sociólogo alemán Georg Simmel, en su imprescindible texto de 1903, titulado *Las grandes ciudades y la vida intelectual*:

Los problemas más profundos de la vida moderna brotan de la pretensión por parte del individuo de preservar la autonomía y peculiaridad de su existencia contra la preponderancia de la sociedad, de la herencia histórica, de la civilización y de la técnica de la vida.²

Y así inevitablemente el mundo de las ciudades es parte de un proceso evolutivo que se manifiesta en el tiempo y en el espacio con sus múltiples manifestaciones de ese acto creador del ser humano como artista y como productor de sus formas de vida y configuración social. Esta continua transformación establece las dimensiones de la relación entre la naturaleza y el hombre, de la civilización como emblema del pro-

greso humano en el campo de las artes y de la vida misma. Tendencia que explico muy bien Lewis Mumford en su monumental obra, *La cultura de las ciudades*:

La ciudad, es la forma y el símbolo de una relación social integrada: en ella se encuentran el templo, el mercado, el palacio de justicia y la academia del saber. Aquí, en la ciudad, los beneficios de la civilización son múltiples y variados; aquí es donde la experiencia humana se transforma en dignos visibles, símbolos, normas de conducta y sistemas de orden. Aquí es donde se concentran los destinos de la civilización y donde, en ciertas ocasiones, el ritual se transforma en el drama activo de una sociedad totalmente diferenciada y consciente de sí misma.³

En este ambiente de vanguardias estéticas, revoluciones sociales y el desarrollo de las grandes ciudades va aparecer en el paisaje literario mexicano posrevolucionario un movimiento que va a contracorriente de la historia, de las instituciones y el significado mismo de la revolución mexicana en la construcción de una cultura nacional.

III. La estación revolucionaria

La revolución mexicana significó un cambio en el país. Las viejas estructuras porfirianas se vinieron abajo con el movimiento revolucionario de 1910 y el paisaje mexicano tuvo otros actores sociales, otras instituciones y los principios revolucionarios de justicia so-

² Georg Simmel. *Las grandes ciudades y la vida intelectual*. Madrid, Hermida Editores, 2016, p. 59.

³ Lewis Mumford. *La cultura de las ciudades*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1957, p. 11.

cial, reparto agrario, educación popular y los juegos de la democracia apuntaron hacia una mañana llena de esperanzas e ilusiones de un pueblo ávido de participar en las transformaciones económicas, políticas y sociales de un México nuevo.

El mismo desarrollo del discurso revolucionario tendría muchas caras para justificar los cambios que se iban presentando al calor de las batallas, las ideas y las palabras por construir una historia de bronce posrevolucionaria. La narrativa de la revolución es una épica interpretativa del pasado, del presente y del futuro inminente que se vislumbraba con la misma victoria revolucionaria.

Al calor de las batallas y bajo el sonido de las balas se fue edificando una historia. Una historia que fuera incluyente, que diera espacio a esos sectores que habían sido desfavorecidos y desplazados por la paz porfiriana, el progreso y la evolución racial y social de la sociedad. Ahora las huestes revolucionarias conformadas por obreros, campesinos, indígenas, agraristas, anarquistas, socialistas, entre otras fuerzas vivas, exigían tener un lugar en el carro revolucionario.

El campo revolucionario no sólo se resolvió por la vía de las armas sino también por el significado de la revolución en su sentido semántico y práctico. Esta lucha permanente y tenaz por definir el sentido, el seguimiento y la consolidación de la revolución mexicana como un hecho histórico por consolidarse y establecer otra hoja gloriosa de la historia patria, de esa historia de bronce, fue una batalla más emprendida por los caudillos, las facciones militares, los inte-

lectuales y el mismo ejercicio del poder en las distintas manifestaciones culturales por establecer la verdad revolucionaria.

Como lo ha establecido el historiador Rafael Rojas, en su sugerente y provocativo libro *La epopeya del sentido: ensayos sobre el concepto de revolución en México (1910-1940)*, respecto a la lucha por definir el futuro de la revolución y su construcción ideológica:

El término asume una significación de cambio radical que conecta la experiencia mexicana con los procesos de liberación social en todo el mundo y que, a la vez, permite dotar de nuevos sentidos la propia historia nacional. La Revolución mexicana señalaba los límites del liberalismo decimonónico y, al mismo tiempo, fundaba una nueva temporalidad que contenía un relato de la historia moderna del país. La semántica de los tiempos históricos alcanzaba el lenguaje político de los propios actores revolucionarios.⁴

Y la estación revolucionaria es abordada por ensayistas que tratan de matizar y definir: ¿Qué es la revolución? Entre las voces polivalentes encontramos a: Manuel Gamio, José Vasconcelos, Luis Cabrera, Alfonso Reyes, Manuel Gómez Morín, Martín Luis Guzmán, Frank Tannembau, Jorge Cuesta, Antonio Caso, Vicente Lombardo Toledano, Ricardo Flores Magón, entre otros. Y en el campo de las artes, en general: Diego Rivera, Nellie Campobello, Tina Modotti,

⁴ Rafael Rojas. *La epopeya del sentido: ensayos sobre el concepto de Revolución en México (1910-1940)*. México, El Colegio de México, 2022, p. 58.

Carlos Chávez, Frances Toor, Anita Brenner, Gerardo Murillo, y muchos más.

La gesta heroica y revolucionaria mostro el caleidoscopio amplio y variado de lo que se entendía por revolución y sus adjetivos: moderna, radical, conservadora, liberal, social, entre otros apelativos navego sobre aguas turbulentas, sobretodo, en la década de los veinte. En las décadas posteriores la fuerza de la institucionalización, la imposición y legitimidad de la élite política triunfante con el apoyo incondicional del partido oficial.

Hicieron del discurso revolucionario la espina dorsal de la cultura nacional posrevolucionaria que triunfo de la mano del Leviatán mexicano —léase Estado— en contubernio permanente de una clase intelectual vocera de la historia oficial y triunfante. Las voces de la disidencia siempre existieron, entre una de ellas, fueron los estridentistas, una camada de intelectuales avezados en la crítica y negación de la historia oficial revolucionaria. Sus voces se escucharon en la bulliciosa década de los veinte.

Su impronta fue mostrar que había otras rutas, otros mares donde también era posible navegar en las cenagosas aguas de la cultura nacional. El espíritu de rebeldía o desacuerdo era una muestra palpable del reacomodo de fuerzas y actores sociales que no compartían plena ni claramente el sentido de la revolución mexicana.

Y el arte mostró ante el poder y el juego político que el país eran “muchos Méxicos” y resultado de esa verdad contundente, las expresiones en el campo literario mostraron esa variedad de intereses y realidades a través de las corrientes literarias en el mer-

cado de las letras: literatura indigenista, literatura social, literatura proletaria, literatura cristera, que mostraban la riqueza cultural del país, las desigualdades económicas y sociales, y sobre todo, que la historia no era una sino muchas.

IV. El paisaje estridentista

La década de los veinte del siglo pasado es el momento ideal para la reconstrucción nacional. Tenemos una Constitución, hay muchas propuestas para construir a un México nuevo, moderno, integrado y todos los órdenes de gobierno se encuentran a tono por modernizar a México y ponerlo al alcance del mundo.

Es momento de respirar otros aires, de mostrar cierta libertad y flexibilidad por soñar mundos posibles que nos integren como nación y que ingresemos realmente al concierto de las naciones. Que dejemos de ser netamente nacionalistas para combinar el festín con el cosmopolitismo y seamos parte de una verdadera modernidad compartida. Son tiempos como dice el ensayista italiano Pino Cacucci:

Se respira un aire de gran excitación renovadora, de energía liberada, y todo parece estar a la espera de un inicio, sin límites ni confines. Asume la presidencia Álvaro Obregón, quien encarga la Secretaría de Educación Pública a José Vasconcelos, que acaba de regresar de un exilio de cinco años. Vasconcelos cree firmemente en el papel del artista en todos los niveles de la vida social y decreta la abolición de cualquier forma de censura o de presión ideológica. La Ciudad de México se convierte

en polo de atracción para las vanguardias de todas partes del mundo.⁵

Pero también estamos en la década de las instituciones, de fortalecer y unir a “la familia revolucionaria”, en donde las letras se cubren de gloria y de fe en la novela de la revolución mexicana que habla de ese pasado inmediato: la revolución de 1910. Pero se sigue reproduciendo esa división entre la alta y la baja cultura. Como buscar un sincretismo, como apoyar a las dos sin menospreciar a alguna. Ese es el dilema de la cultura nacional posrevolucionaria, es una querrela que sigue palpitando en el corazón literario de México, como lo apunta el ensayista José María Espinasa:

...hacen que convivan ambas posturas en una simbiosis complementaria: la salud de la alta cultura se apoya en una cultura popular con considerable densidad y genio, para configurar la idea de nación que necesitaba el país para su pacificación y cohesión. Su uso educativo venía y será una marca permanente en el siglo xx, acompañada de un uso político en el que se mezclarían legitimidad y demagogia.⁶

La comunidad imaginada de la nación mexicana no era una realidad palpable y menos en el mundo de las letras.⁷ Las variadas

manifestaciones de los géneros y corrientes literarias en sus distintas vertientes: literatura indigenista, literatura proletaria, literatura social, literatura cristera y muchas más se sumaron a la riqueza que tenía el país como herencia del pasado y donde sus muestras de descontento serían expuestas en estas voces de la literatura mexicana. La invención de la realidad nacional a través de las corrientes literarias fue parte de las querrelas literarias de la década de los veinte como sostiene Aimer Granados:

El proyecto cultural de la Revolución mexicana homogeneizó, descartó, seleccionó y reivindicó lo que a las élites les pareció que debía ser la “genuina nacionalidad”. Entre tanto, los que no entraron en este molde cultural –indígenas, católicos, literatos descastados, intelectuales universales de pensamiento, comunistas, etcétera–, cada uno desde su trinchera, “imaginó” el país que quiso.⁸

La vanguardia, la revolución y la ciudad se convirtieron en tres pilares fundamentales del movimiento estridentista que aparece en los años de 1921-1927 en la ciudad de Xalapa, Veracruz y en la ciudad de México. Trayendo con esto una vanguardia estética que cuestionaba a la cultura académica

⁵ Pino Cacucci. *Tina. La extraordinaria biografía de Tina Modotti*. México, DEBOLSILLO, 2022, p. 36.

⁶ José María Espinasa. *Historia Mínima de la literatura mexicana del siglo XX*. México, El Colegio de México, 2015, p. 67.

⁷ Para una mayor información véase el libro clásico de Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del*

Nacionalismo. México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

⁸ Aimer Granados. “La literatura mexicana durante la Revolución: entre el nacionalismo y el cosmopolitismo”, en Carlos Illades y Georg Leidenberger (coords.). *Polémicas intelectuales del México moderno*. México, Conaculta/Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa, 2008, p. 183.

y al mismo proceso de desarrollo de la revolución mexicana.

El estridentismo aparece como un movimiento por cuestionar una cultura oficialista, que se desprende de una total sumisión de los artistas a un poder que se está consolidando en el México posrevolucionario. Es un grito, es un llamado a reconocer los cambios que están gestando una sociedad del vértigo y de la velocidad, de la transformación de los valores sociales y de los paisajes de las grandes ciudades.

Su ideario, no es construir una escuela estética sino desafiar el estado del arte mexicano y a través de la provocación y del ruido establecer una nueva relación entre el arte y los cambios generados al interior de las ciudades, como los nuevos espacios de la creación y explicación de la realidad. Como lo establece el estudioso de la literatura mexicana Luis Mario Schneider:

No escuela, movimiento, el Estridentismo es por antonomasia la vanguardia más ruidosa de la cultura mexicana. Como toda avanzada se apoyó en el escándalo y el gesto provocador para conquistar el cambio, para propiciar la ruptura, para imponer la contemporaneidad. En sus filas agrupó poetas, ensayistas, dramaturgos, pintores, dibujantes, fotógrafos, grabadores y músicos, también líderes y cortesanos que, apoyados en la emoción y en la acción, redondearon en aproximadamente en cinco años el triunfo de la nueva estética y el señalamiento de la dinámica juvenil y renovadora.⁹

⁹ Luis Mario Schneider (sel.). *El Estridentismo. La vanguardia literaria en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2019, p. V.

En este grupo heterogéneo se encontraban: Germán List Arzubide, Manuel Maples Arce, Arqueles Vela, Salvador Gallardo, Ramón Alva de la Canal, Germán Cueto, Jean Charlot, Tina Modotti, Leopoldo Méndez, entre otros muchos, que con su trabajo apoyaron la difusión y el crecimiento del movimiento Estridentista.

El estridentismo creó toda una cultura de la imagen, de la arquitectura, de la publicidad, entre otros medios, para establecer los cambios que se estaban manifestando en el país y en las grandes ciudades. Todo esto tenía seguramente influencias del cine expresionista alemán, de la pintura de Gustave Klimt, de los dibujos de Georg Grosz y de las múltiples vanguardias europeas de la época de entreguerra.

México no fue la excepción. Y los Estridentistas mostraron que México era un digno representante de estos cambios. Y el conjunto de todos estos autores variados y heterodoxos irrumpieron con su obra vanguardista los viejos valores culturales de la tradición para conformar una mirada clínica y profunda de lo que México era como sociedad moderna y cosmopolita. Y como lo expresa el historiador Álvaro Lozano:

Por otro lado, la multitudinaria utilización de los transportes colectivos en horas punta ofrecía el espectáculo de grandes masas afluyendo a las calles, en las que el individuo se fundía en el anonimato de la colectividad. La prisa se convertía en un ingrediente de la vida.¹⁰

¹⁰ Álvaro Lozano. *xx. Un siglo tempestuoso*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2016, p. 150.

El estridentismo es un movimiento que ve y aspira al futuro, que establece a la técnica como un valor fundamental de la era contemporánea y de los cambios vertiginosos en la vida cotidiana de las personas que viven en las grandes urbes del momento. Como lo estableció el movimiento futurista¹¹, era un movimiento hacia el futuro que desconocía el pasado como única forma de trascender la vida, de establecer otros valores y enfrentar el momento histórico presente.

Así lo expresaba uno de los autores centrales de esta vanguardia literaria, Germán List Arzubide en su clásico y provocativo texto de 1928, *El movimiento Estridentista*:

Era la llegada. Se arrebatava la cúspide a los que la vendían en los mostradores de la burocracia. Se erguía la voz de la vida ambulante. Las banderas rojas de la lucha, erizaban las manifestaciones de la juventud desequilibrada de ansias y las fábricas del pensamiento en avance, empenacharon de chimeneas el cielo desconectado de la lucha.¹²

Los años veinte, de la época posrevolucionaria, mostraron tanto motivos de triunfalismo como del inicio de una crítica a los principios revolucionarios y a los dirigentes que llevaban a cabo el proceso de la reconstrucción nacional y aquí es donde surgen protestas de cómo se planeaban los cambios del país. Y el estridentismo fue

una de ellas, al considerar que el poder corrompía a las élites políticas, que sólo veían sus intereses particulares y dejaban fuera a los demás sectores sociales.

Son momentos en que todavía el fuego revolucionario prende algunas regiones del país, como es el caso del estado de Veracruz donde se desarrolla un movimiento inquilinario, hay una larga tradición de lucha obrera del sector textil y un gobierno de tendencias izquierdistas que permite ciertas expresiones artísticas y culturales como el movimiento estridentista que irrumpe en el panorama social como una voz disidente de las políticas nacionales.

Como lo expresa Germán List Arzubide. En la que el poeta, el escritor vaga por la ciudad para reconocer los espacios de pobreza y abandono en el que se encuentra la sociedad en un ambiente de incertidumbre y persecución política, producto de las pasiones y los intereses de las facciones militares que todavía no logran totalmente el control y la pacificación del país en su totalidad:

Eran los días despedazados por la ansiedad, en que las calles se incendiaban de extras; flameaba la bandera insurrecta, y trenes erizados de muerte, arrastraban el odio por la llanura; el poeta hallaba acomodada esa hora a su pena, comprendía que allá lejos las ametralladoras clamaban por su angustia y entre estos dislocados instantes, vio saltar cogida por los pies de su ansiedad, la región empujada por egoísmos de pista. La Urbe, vista por su montañosa pena y en esa hora cribada de tiros y de gritos de avance, cuando los batallones entre la expectación del tráfico, teñían las avenidas de sangre, y cuando en las barriadas la vida obrera

¹¹ Para mayor información véase Umberto Boccioni. *Estética y arte futuristas*. Barcelona, Acatilado, 2004.

¹² Germán List Arzubide. *El movimiento Estridentista*. México, Federación Editorial Mexicana/Secretaría de Educación Pública, 1987, pp. 54-56.

se solidificaba de anhelos subversivos, hizo nacer su canto, el superpoema de un pueblo sin goznes.¹³

Una novela que habla de esta situación de las luchas sociales es *La ciudad roja* del historiador y escritor José Mancisidor, publicada en 1922, que denota este ambiente de explosión social en la región veracruzana. Y el estridentismo encontró un ambiente de protesta, que lo hizo suyo, en esta lucha de las letras por espacios de creación artística como lo fue *El café de nadie*, como ícono representativo de la reunión de los artistas que alentaron este movimiento estético.

Esta explosividad de protesta que lanzo al viento el grupo Estridentista, tenía sus referentes históricos con las grandes ciudades norteamericanas y europeas, por un lado, y por el otro, el significado e influencia que tenía la revolución socialista de 1917, como es el caso del poema *Urbe* (1924) de Manuel Maples Arce, que irrumpe como un ventarrón en el paisaje revolucionario y urbanístico de los años veinte:

He aquí mi poema
brutal
y multánime
a la nueva ciudad.
Oh ciudad toda tensa
de cables y esfuerzos,
sonora toda
de motores y de alas.
Explosión simultánea
de las nuevas teorías,

un poco más allá
En el plano espacial
de Whitman y de Turner
y un poco más acá
de Maples Arce.
Los pulmones de Rusia
soplan hacia nosotros
el viento de la revolución social.¹⁴

México estaba en un proceso de transición espacial, geográfica, cultural, en la cual, las grandes urbes iban a ser en un futuro no muy lejano el rostro del proyecto posrevolucionario, con todas las contradicciones que esté acarrearía a los distintos sectores del país: empresarios, banqueros, comerciantes, clase media, burocracia, obreros, campesinos e indígenas en el corto plazo.

V. Algunas palabras finales

El Estridentismo se convirtió en los años veinte en una voz coral y heterodoxa que cuestionó los valores revolucionarios y a la élite política y cultural que emprendieron el llamado proceso de reconstrucción nacional para edificar al México moderno y cosmopolita. La revolución mexicana parecía concluida, pero las esperanzas y los heterogéneos intereses y puntos de vista sobre ella y de su futuro eran múltiples. Como bien sintetiza Anthony Stanton el espíritu del momento:

En la década de 1920, época de grandes transformaciones en la vida política, social y cultural

¹³ Gernán List Arzubide. *Op. cit.*, pp. 20-21.

¹⁴ Luis Mario Schneider. *Op. cit.*, p. 105.

de la nación, la fundación del nuevo país exige la correspondiente invención de diversos modelos de autoconocimiento. Así, el nacionalismo cultural se vuelve el programa oficial del régimen posrevolucionario... Prevalece entonces un ambiente singular dominado por las innovaciones radicales, el redescubrimiento de las tradiciones populares y la presencia de una nueva conciencia crítica de la modernidad.¹⁵

Y en este ambiente de experimentación y creación artística y estética surgen varios géneros literarios que asumen un papel de difundir y defender las distintas realidades políticas, sociales y económicas del país: la novela social, la novela indigenista, la novela proletaria, y entre otras aparece el movimiento Estridentista, como una propuesta y protesta más contra la cultura oficial del nacionalismo cultural mexicano posrevolucionario. Como lo expresa Katharina Niemeyer sobre la poética Estridentista:

La nueva ciudad, caracterizada como tal no sólo por los ingredientes ya tópicos de la visión Estridentista de la modernidad —algunos versos de Andamios interiores se retoman casi literalmente—, sino también por las masas proletarias movilizadas y la fuerza vital que transmiten, se perfila así como el telos del proceso histórico.¹⁶

¹⁵ Anthony Stanton (ed.). *Modernidad, Vanguardia y Revolución en la poesía mexicana (1919-1930)*. México, El Colegio de México, 2014, p. 14.

¹⁶ Katharina Niemeyer. "Esta canción no está en los fonógrafos: sobre la modernidad Estridentista y sus presupuestos silenciosos", en Anthony Stanton (Ed). *Modernidad, Vanguardia y Revolución en la*

Bibliografía

- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del Nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Boccioni, Umberto. *Estética y arte futuristas*. Barcelona, Acatilado, 2004.
- Cacucci, Pino. *Tina. La extraordinaria biografía de Tina Modotti*. México, DEBOLSILLO, 2022.
- Díaz Arciniega, Víctor. *Querrela por la cultura revolucionaria (1925)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Espinasa, José María. *Historia Mínima de la literatura mexicana del siglo xx*. México, El Colegio de México, 2015.
- Illades, Carlos y Georg Leidenberger (coords.). *Polémicas intelectuales del México moderno*. México, Conaculta/Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, 2008.
- List Arzubide, Germán. *El movimiento Estridentista*. México, Federación Editorial Mexicana/Secretaría de Educación Pública, 1987.
- Lozano, Álvaro. *xx. Un siglo tempestuoso*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.
- Monsiváis, Carlos. *Historia Mínima de la cultura mexicana en el siglo xx*. México, El Colegio de México, 2010.
- Mumford, Lewis. *La cultura de las ciudades*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1957.
- Rojas, Rafael. *La Epopeya del sentido: ensayos sobre el concepto de Revolución en México (1910-1940)*. México, El Colegio de México, 2022.
- Schneider, Luis Mario (sel.). *El Estridentismo. La vanguardia literaria en México*, *poesía mexicana (1919-1930)*. México, El Colegio de México, 2014, p. 105.

- Universidad Nacional Autónoma de México, 2019.
- Simmel, Georg. *La metrópoli y la vida mental*. Madrid, Hermida Editores, 2019.
- Stanton, Anthony (ed.) *Modernidad, Vanguardia y Revolución en la poesía mexicana (1919-1930)*. México, El Colegio de México, 2014.
- Uzcanga Meinecke, Francisco. *La eternidad de un día. Clásicos del periodismo alemán (1823-1934)*. Barcelona, Acanalado, 2016.
- Villares, Ramón y Ángel Bahamonde. *El mundo contemporáneo. Del siglo XIX al XXI*. México, Taurus, 2012.